



Quien quiera ver, que vea

43

POR SOL ALIVERTI. FOTOS DE AGOSTINA ROSSO Y CECILIA FURLOTTI.

"El Hugo del Carril" celebra diez temporadas

ininterrumpidas de trabajo, apertura y propuestas constantes que le dan chapa de auténtico centro cultural, mucho más que un lugar especial para ver películas especiales. Repasamos su origen mientras Daniel Salzano y Guillermo Franco nos cuentan a qué motivos adjudican su crecimiento y consolidación.

A Daniel Salzano su padre le había dado un consejo: que se propusiera un objetivo en la vida, uno sólo, y que jamás lo alcanzara. Daniel dice que su objetivo es ser un gran poeta. Y mientras en eso anda, entre tinta y tinta, hace diez años que su oficina de Director se llenó de fotos de Clint Eastwood y Charles Chaplin. Ese despacho en el que Salzano habla con el tono grave de los poetas está dentro de una casa enorme con paredes rojas, espejos y luces de neón. Esa casa enorme tiene un cartel en la entrada y una puerta que hace un ruido como de sótano viejo cada vez que se abre, cada vez que se cierra. Hace 10 años que esa casa enorme de Bv. Illia se llama Cineclub Municipal Hugo del Carril, un proyecto que se empecina en sobrevivir como un niño grande con ganas de seguir creciendo. Un respiro. Una puerta. Algo que pasa en la ciudad en la que muchos creen que en realidad no pasa nada.

"Había un chiste que nosotros usábamos cuando comenzamos: Subíamos a un taxi y decíamos: 'Lléveme al Cineclub'. '¿A dónde?', nos decía el taxista. 'Al frente de Las Tinajas', le decíamos nosotros. Hoy les decimos y ya saben. Esto sobrevivió gracias al entusiasmo de mucha gente", cuenta Guillermo Franco, programador "del Municipal" desde el primer año —cuando surgió como extensión natural de un proyecto más pequeño, y de sustento privado, llamado El Ángel Azul— y editor de la revista de la entidad: Metrópolis.

Las ganas trajeron suerte a esta gente. Con semejante arrebato colectivo, Daniel Salzano se puso el proyecto bajo el brazo y lo presentó en la Municipalidad. El único riesgo que

corría era que lo saquen a patadas. Alguien de turno le dijo que sí y los llevaron a esa casa, la que ahora tiene paredes de colores y espejos y una sala donde siempre hay alguien mirando. Al principio se asustaron. Creyeron que el lugar, ex sede de la vieja mutual italiana Unione e Fratellanza, les iba a quedar grande. Del antiguo y vistoso edificio, casi todo se conserva intacto. Sólo levantaron las gradas de la sala de cine e instalaron una torre en el patio para proyectar películas al aire libre cuando las noches cordobesas ameritan cine bajo las estrellas. El grupo de trabajo fue consolidándose, y una década después las propuestas no se acaban. Salzano tiene pensado hacer tratativas en el cielo para que el funcionario que dio apoyo al proyecto y les habilitó esa casa tenga una pasantía asegurada. El argumento que propuso el escritor no era menos que cierto. De eso se trataba después de todo: los cineclubes no tenían por qué estar destinados a funcionar en casas particulares, con películas que hacían *tacatacataca* y con el culo frío en el suelo. Al principio era una sola función por día, de lunes a viernes. Y la mecha prendió: *"A los dos meses estábamos haciendo dos funciones por día. Y después, seis",* recuerda Franco. Guillermo.

Al rescate

Sin pudor, pero con elegante falsa modestia, Salzano asegura que su sabiduría cinéfila encuentra límite en Clint Eastwood, ese viejo canoso que, en la foto blanco y negro de un portarretratos que luce en su oficina, está sentado en una escalera y mira al suelo. Y aunque esa frontera de su conocimiento sobre cine, según el escritor y periodista cordobés, le reste autoridad, lo provee de una mirada particular sobre los avances de este arte: *"Cada evolución, cada paso que se da adelante no hay tiempo para analizarlo, no hay*



tiempo para que el hombre pueda dar su opinión, como se daba antes. Lo que pasa es que la velocidad desvirtuó todo. Hay un consumo frívolo del cine. Para eso tenés este tipo de casa. Y no solamente para eso. Hay películas que aspiran a muy poca cosa y están solas. Y el tipo que hace cine no quiere estar solo. El cine en sí mismo implica un llamado de auxilio”.

No solamente para eso existen estas casas y eso se ve: en estos 10 años, la puerta que cruje se abrió para asistir a ciclos centrados en directores como Aki y Mika Kaurismaki, Orson Welles, Pedro Almodóvar y Lucrecia Martel, entre tantos, o a filmografías de diversos países: Corea, México, Taiwán, Portugal.... También se abrió para participar en talleres de teatro, presenciar recitales y mucho más. De todo y para todos. La puerta se abre y están los que van a la biblioteca en la que socios e ignotos pueden acceder a libros, revistas, música y películas. También están los que religiosamente buscan su ejemplar de *Metrópolis* o simplemente un encuentro. La receta del éxito de este cineclub, al que llaman “La casa” con la naturalidad de los anfitriones orgullosos, fue no bajar línea, sacudirse de dogmas que restrinjan o tutelén la forma de ver cine. “Claro que siempre garantizamos un plafón de calidad. Un cineclub forma espectadores, los entrena en esto de ver películas. No masivamente como la TV. Los capacita, los entrena, les abre los ojos, los hace reflexionar. Con el tiempo nos fuimos entrenando todos”, dice Guillermo Franco. Esa diversidad y excelencia garantizada fue un nexo de conexión para los amantes del cine que asisten al Hugo del Carril, que se sientan confiados en las butacas, sabiendo que algo bueno les espera en la pantalla. Para Daniel Salzano, crecer a la luz del cine y sus avances ya es un punto de referencia. Y en esto tiene experiencia personal: recuerda los días en que asistía a aquellas jornadas en la Facultad de Arquitectura, donde los grupos de extrema



Daniel Salzano

izquierda proyectaban películas del mismo tinte. “Yo los veo a la distancia y pienso que son unos hijos de puta –se ríe. Tenían un público de 18, 20 años, y le estaban enseñando un catecismo fundamentado en el dolor, en el frío, en la resistencia de los países comunistas. El cine, como componente de un universo artístico, tenía una serie de privaciones: no podía ser feliz”. Por eso, para Salzano la pugna entre el cine comercial y “el otro” es equivocada e interesada: “¿Por qué lo que viene de Estados Unidos tiene que ser una mierda?”. Así fue como en esos boliches se formó la crítica de cine de Córdoba, que para Daniel sigue teniendo el mismo problema: no tolera que una película sea feliz. “El público mismo considera que es un error acercarse a la felicidad”.

Si cruje, funciona

La prensa los ayudó, el público asistió y así se fueron sumando propuestas locales. Fue el caso de las sitcoms *Maldita Afrodita* y *Corazón de vinilo*, que recibieron avalanchas de aplausos y fans y se mantuvieron en cartelera durante mucho tiempo. La propuesta del Fahrenheit –en la que, como cita a la novela de Bradbury, las personas encarnan libros para que éstos no

desaparezcan– se repetirá este año. Otro hito fue El Corto, que creció hasta ser Cortópolis. “Un chico de acá me dijo que teníamos que hacer un ciclo de cortometrajes cordobés. Y yo le dije que estaba loco, pero probamos. Y empezaron a aparecer cortos de todos lados. Este año, se hará el tercer festival nacional”, remarca Salzano.

¿Por qué funcionó esta casa en una ciudad donde muchos creen que no pasa nada? “Porque está bueno”, dice Guillermo Franco. “Porque no hacemos trampa”, agrega Salzano. Y también dice: “Porque esto es trabajo, trabajo y más trabajo”. Porque la cultura se va pegando y eso termina siendo un lugar de encuentro, el se-



“Hay películas que aspiran a muy poca cosa y están solas. Y el tipo que hace cine no quiere estar solo. El cine en sí mismo implica un llamado de auxilio.”
(Salzano)

Dime que me amas, Cineclub!

“Un cineclub forma espectadores, los entrena en esto de ver películas. Les abre los ojos, los hace reflexionar. Con el tiempo nos fuimos entrenando todos”
(Franco).

millero –quién sabe– de la nueva crítica. Un refugio aislado del vendaval de los cambios en la historia del cine. Sí, porque el concepto de refugio, dice Salzano, se le parece enormemente: “Después de todo, un cineclub, ¿qué coño es? Es un intermediario. No hace nada. Pone una maquina que proyecta”.

Guillermo Franco sabe que muchos de los méritos del Cineclub –también– tienen que ver con la estética y la funcionalidad de la casa que lo contiene. La casa que desde hace diez años tiene

paredes de colores y espejos y dibujos en las paredes de los baños y una sala donde los asientos cobijan y alejan los culos del suelo. Eso, y una puerta que cruje: “Podríamos aceitarla, pero para nosotros es un ruidito maravilloso, porque significa que está entrando gente”. La puerta cruje y el cine sabe que la ciudad sigue despierta. La puerta cruje y el Hugo del Carril se pone en guardia. Y estar en guardia, según Salzano, es una buena forma de estar vivos. 🍷



Imprescindible e inevitable

Qué gran paradoja se produce cuando el teatro (etimológicamente definido como un lugar donde se va a mirar) no encuentra un lugar que lo cobije.

Cuando la educación y la cultura no son prioridad en las agendas de gobierno, cuando es peligroso que la gente reflexione, piense, deduzca. Cuando el arte y la ciencia son sólo motivos banales de entretenimiento y párrafo intelectual inevitable en la oratoria del demagogo de turno. En esas circunstancias los espacios –salas, centros culturales, escuelas, laboratorios– tienden a desaparecer. Por eso, en este desierto peligroso y hostil, la aparición del Cineclub Hugo del Carril en la ciudad de Córdoba fue la aparición de un oasis para saciar la sed de innumerable cantidad de artistas sedientos y extraviados.

Podemos entender el teatro como una práctica artística cuya función es la de convocar a un grupo de gente para llevar a cabo un acto de fe, el acto de creer en algo en función de un representante físico, sonoro o visual. Detrás de este representante se abre un vacío, y sobre ese vacío se levanta la magia teatral, su fuerza poética, cómica o religiosa, su capacidad de seducción, de convocatoria. Esa es la potencia del teatro, la potencia de crear durante un tiempo una identidad colectiva, un nosotros en torno a algo que sólo existe porque los allí reunidos realizan un acto de afirmación con su presencia: “creemos en ello”.

La familia que conforma el Cineclub entendió siempre al teatro de esta manera, por ello posibilitó imaginar obras

como *Fahrenheit 05*, *Maldita Afrodita* o *W Invasión Extraterrestre*, que fueron acompañadas por miles de espectadores.

Y hablo de familia porque así te hacen sentir las personas que día a día levantan el Cineclub y lo llevan a lo más alto, esas personas que renuevan todas las mañanas su acto de fe hacia la actividad cultural. Algunas están, otras ya siguieron su camino, pero todos, absolutamente todos, dejaron su huella.

Párrafo aparte merece su director: Daniel Salzano, que consideró siempre “El lugar y la palabra”, ya que por ahí empieza toda política, por los lugares y por cómo se construyen estos lugares, los lugares del hombre, los lugares del teatro, los lugares de la palabra.

Aplausos para los que a lo largo de estos 10 años han elevado el Cineclub al puesto de imprescindible en la agenda de todo amante del cine, el teatro, la música, la lectura, la formación. Aplausos para los que defienden los lugares... y las palabras. Aplausos para aquellos que sueñan con más (espacios).

A Herbert Read, crítico inglés de arte, le preguntaron si el arte es necesario. Él contestó: “Tan sólo sé que es inevitable”.

GONZALO MARULL
AUTOR Y DIRECTOR TEATRAL

tripledelevé

www.cineclubmunicipal.org.ar

